

ENCUENTROS IMAGINARIOS
De Jorge Jobet
Ediciones Mar del Plata, 1986

Con el poeta Jorge Jobet sucede que lo último que produce nunca será igual a lo que es definitivo a su poesía, la cual sigue, así, ampliando sus proyecciones. Es una de las constantes más a la vista que ella nos despliega y que volvemos a encontrar en su nuevo libro *Encuentros Imaginarios*. En otra parte ya habíamos anotado esta impronta del poeta, aquella actitud ajena a lo lineal, acoplada a una renovación permanente, donde se percibe la imagen de estas variaciones, de estas constantes de valor y significación que se observan a través de su obra. Pensamos antes —y pensamos ahora— que siempre este lirismo de Jobet se construye en ascensión, pues su actitud es la de la exploración de una existencia en movimiento o, lo que es igual: apegada a la vida. El conflicto que sostiene el poeta con la realidad, como todo creador que se precie, es que la ve como una naturaleza plural o quebrada en fragmentos, los que pueden desintegrarse o introducir sus partículas en aquellos otros que surgen de improviso ante el poeta y que luego conforman un nuevo encuentro con esta realidad. Aquí, al revés del más allá finito de la vida de Beckett, todo puede decirse, todo puede ser nombrado. El absurdo, entonces, se convierte en un lineamiento paralelo a la existencia, como parte de ella, y, por tanto, siempre capaz de ser superado por el acontecimiento que llega a fracturar la visión que el poeta contempla.

Esta forma de comprender la realidad como movimiento y no como humillación, tal la observamos en Kafka y otros existenciarios del absurdo, la vemos como algo importante conseguido por la poética de Jobet. En su transcurso no hay gradas intermedias sorpresivas, sino que éstas tienen su lugar seguro, son conexas al existir pero separadoras de lo que el poeta ve y comprende del mundo. Pausas entre las cuales el hombre asienta su razón de ser, observa los opuestos de ese mundo, el cual una vez constatado, da paso a la grada siguiente que, uncida a la anterior, lo llevan hacia la identidad que busca o que tiene determinada.

El más allá de los hechos y las cosas puede verse en Jobet caminando paso a paso por entre este realismo que, más que acusar al mundo, lo decompone y lo exhibe palpando cada una de las envolturas que encuentra. Es una tentativa de fusión con esta realidad móvil, presencia paradójica pero auténtica, una tal teoría del conocimiento como desafío. Se acerca así al desarrollo spinoziano del pensamiento por esa insistencia para ser, para perseverar en su ser, al punto que los obstáculos que representan estas gradas que dosifican su poesía parecen aumentar el poder de su registro. En el poema *Mi Volantín de Niño en las Manos de Dios* está clara la situación de esta existencia que experimenta entre las tentaciones de una realidad fantástica: “Una dicha serena me embargó por completo/ Sabía que mis telegramas serían leídos/ Libre libre libre/ No me sorprendió verlo en el Paraíso/ Era un sol magnífico/ Dios tiraba de él para que siguiera alumbrándolo/ Mi volantín de niño”.

Este mundo de Jobet es, pues, ancho pero no ajeno como el de Ciro Alegria: aquí sucede todo: la movilidad y la inmovilidad, la integración y la desintegración, pero

siempre la sustantividad, sea en un plano más lejano o en uno más cercano. No cabe duda que el mundo de Jobet es ancho, de ahí que pueda llegar con facilidad a estos *Encuentros Imaginarios* que, en su mayoría, se posan en un espacio existente y real, en buenas cuentas terrestre, confundidos por ascensos y descensos probatorios de este arte de la aventura y del descubrimiento, pero asidos a las circunstancias vitales del ser.

Aun cuando alejado y opuesto al surrealismo popular, que tiene su punto alto en Jacques Prévert, hay algunos momentos en que la poesía de Jorge Jobet, en sus *Encuentros Imaginarios*, nos renueva la concepción del mundo de estos poetas de la vanguardia de la primera posguerra. Quizá sea por su acercamiento a la realidad por instintos y medios emancipadores, diríamos por ciertas notas de inocencia pura que arrastran claras intenciones fraternales. Tal vez sea por esto y nada más o, también, por esa necesidad de un humanismo que se acentúa, que percibe al ser como una imagen positiva y rebelde a las conciliaciones efímeras. Pero este mundo como fraternidad no es óbice para que el poeta no distinga las sinrazones aparentes ni las despierte para sacudir el curso bastardo que adquieran no pocas identificaciones de la existencia.

El poeta alcanza así la ironía como transposición de la experiencia. Ve transcurrir la vida y trata de remecerla cuando ésta ha roto la lógica de las costumbres. Sin embargo, la ironía que Jobet desarrolla en *Encuentros Imaginarios* no es desmanteladora sino integradora de los acontecimientos del hombre. No se traduce en un *humor negro* sino, por el contrario, en un *humor vital*, en un humor que construye, que no reduce a cenizas lo que toca. No va tras una objetividad perdida, tras un tiempo banal, al decir de Proust, sino que sólo pretende —y lo logra— capturarla en la radicalidad de sus acordes. Esta ironía que el poeta toma entre las tentativas de sus exploraciones, es un poco el rostro natural del mundo, tanto del transcurso de los tiempos viles que envuelven al hombre como de aquellos otros que no lo son. Tiempos ante los cuales el poeta no quiere sucumbir sino iluminarlos en sus hendiduras inocentes. Hay poetas que muestran esta realidad como catástrofe, como tiempos de desesperación, de angustia, de derrumbe tras el conocimiento de sus cilicios interiores.

Jobet, no obstante haber padecido estos procesos, se acerca al otro grupo: al que primero constata y palpa por dentro y, después, denuncia lo grotesco con todas las fuerzas que posee, con los ímpetus limpios que lo empujan hacia los hábitos que se surten de la lógica y la alegría. Desde esta plataforma es lanzado este *humor vital*, el que ha sido logrado en algunos poemas con una singularidad inestimable, con modalidades de lenguaje que atrapan relámpagos, de cara a lo existente. Sin ir más lejos, en aquel poema *El Odio Tiene Efectos Positivos en la Marcha de la Civilización*: “El odio engendra como contrapartida/ actitudes sublimes fuera de lo normal/ cuanto más nos declaran la guerra las suegras/ tanto más queremos a nuestras esposas/ si son ricas les administramos la fortuna/ hasta el último centavo/ sin son pobres las obligamos a irse con sus madres/ para que no sufran”.

Estamos en presencia de una poesía que no se envuelve en la cotidianeidad para perderse en ella sino para salvarla. Jobet, junto con utilizar la ironía, parece que no abandona —por suerte para la poesía— aquella vieja sentencia de *L'Esprit Nouveau*, de

Apollinaire, casi ya olvidada por los tiempos que corren: "es que poesía y creación no son sino una cosa".

La moral ascética del poeta lo ha puesto a luchar contra las pesadillas desde este lado.

ANTONIO CAMPAÑA

CACTOS DEL SOL Y DE LA LUNA

De *Jaime Barrientos*
Editorial Universitaria, 1985

La poesía de Jaime Barrientos parece necesitar, además de buscar su sentido entre los laberintos que hay que cruzar para advertir la marcha del tiempo y atender a la expresión del propio espíritu, de los impulsos de un escenario exterior. Del choque entre estas dos realidades, que se suponen distantes aun cuando no son sino una única y fundamental propiedad del sentimiento poético, el poeta resuelve y elige su ámbito lírico. Se acerca así a ciertos síntomas que la herencia de buena parte de la lírica moderna ha dejado en la experiencia poética más reciente. Los que no dejan de punzar cada vez con mayor insistencia. Son aquellos crecientes intentos por atraer las cosas distantes e incorporarlas a las nuevas estructuras del orden que observa, una necesidad de fusión o de agrupamiento. Hablamos de los poetas que transforman en signos simbólicos algunos objetos o cosas de la naturaleza a las cuales asignan propiedades que podrían o no tener algún fin objetivo pero que sostienen un fundamento cardinal en determinada poesía.

Jaime Barrientos, a través de los poemas de *Cactus del Sol y de la Luna*, se acerca a este estado o a este pretexto de capturar el alrededor en un anhelo por encontrar el sentido vital de la vida que manifiesta su propia intimidad. Y como el poeta necesita de este escenario exterior para resolver con plenitud la crisis que pretende sacar de su escondrijo, va en busca de la realidad sensible de las cosas. Por medio de ellas procura poner punto final al problema que le plantea su filosofía de la vida. Como alguna vez lo intentaron algunos, quiere fundir el mundo propio con el mundo exterior. Un hermoso y breve poema, *Paisaje*, podría dar buena muestra de esta actitud de Barrientos: "Los pájaros van hacia los cerros,/ mientras las campanas llaman en la tarde,/ el alma se enreda en los adioses/ y se va deshoyando poco a poco./ Hasta la soledad/ saca del abismo/ sus antiguas máscaras".

Las dos terceras partes de *Cactus del Sol y de la Luna* recogen poemas al cacto como simbólico elemento unificador. Pensamos que el poeta lo elige por sus proyecciones agrupadoras de una belleza primigenia y desnuda, y, a la vez, como agente extremo de la soledad. Alrededor de su imagen Barrientos realiza incursiones originales en las cuales da a conocer situaciones que trascienden el encadenamiento del yo, el sentido de individuación, para pasar sobre los obstáculos que le impiden la complicidad con el sentimiento provocado por las cosas. En nuestro poeta el vínculo a la naturaleza